

SIR JOHN H. ELLIOTT Y EL NUEVO MUNDO

Por RAMÓN MARÍA SERRERA

En sesión ordinaria celebrada el 31 de octubre de 2008, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras acordó por unanimidad nombrar Académico de Honor de la Corporación al historiador Sir John H. Elliott. El gran hispanista británico, nacido en 1930 en Reading, es Catedrático Emérito de Historia Moderna en la Universidad de Oxford. Educado en el legendario Eton College, se doctoró en Historia por la Universidad de Cambridge (Trinity College, 1952) y fue durante 17 años profesor en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, pertenece a la Academia Británica, la Academia Americana de las Artes y las Ciencias y a la Sociedad Filosófica Americana. Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales en 1996, es doctor *honoris causa* por las universidades de Barcelona, Autónoma de Madrid, Valencia, Génova, Portsmouth, Warwick, Brown, etc. Nombrado Caballero del Imperio Británico por S. M. la Reina Isabel de Inglaterra, es también Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, Gran Cruz de Isabel la Católica, medalla de Honor de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Medalla de Oro de las Bellas Artes, Premio Wolfson d'Historia, Premio Eloy Antonio de Nebrija” y Premio Balzan. El claustro de la Universidad Sevilla aprobó el 17 de mayo de 2011 su nombramiento como *honoris causa* por la Hispalense.

El día 13 de diciembre de 1999 el profesor John H. Elliott fue investido, en acto solemne, doctor *honoris causa* por la joven

Universidad de Lérida. Diversos historiadores le rindieron homenaje en las aulas de dicha universidad durante los días que precedieron a la ceremonia. Todas esas intervenciones fueron publicadas en un volumen titulado *John Elliott, El oficio de historiador*¹. En dicho ciclo fui invitado a intervenir en calidad de americanista y en una de sus sesiones dicté la conferencia titulada “John Elliott, americanista”², cuyo contenido, con algunas variantes y actualizaciones, son las que paso a reproducir en las páginas que siguen.

Acerca del maestro Elliott, prefiero contar primero la anécdota y después reflexionar sobre la misma. El hecho ocurrió el jueves 4 de diciembre de 1997 en el amplio Salón de Plenos del edificio de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla, frente a las murallas del Alcázar. Desde más de una hora antes, mucho público de todas las edades, con predominio de estudiantes, formaba larga cola en la calle aguardando la apertura de las puertas del recinto. Mientras tanto, seis cadenas de televisión y un total de doce medios acreditados tomaban posiciones en el Salón de Plenos. Apenas dos minutos antes de comenzar el acto ocupaban las primeras filas de protocolo personajes invitados, entre ellos el ex-vicepresidente del Gobierno Alfonso Guerra. Al final del mismo, una vez levantada la sesión por el entonces anfitrión y presidente de la Diputación, Alfredo Sánchez Monteseirín, numerosas personas se lanzaron materialmente hacia el estrado con libros en sus manos para lograr el autógrafo o la dedicatoria del máximo protagonista del acontecimiento, que cinco minutos después, ante esta avalancha humana, tuvo que refugiarse materialmente “en camerinos”.

El lector se preguntará, naturalmente, acerca de la naturaleza del acto que tanta expectación había despertado. ¿Se trataba de la presentación de Riccardo Muti como director titular de la Real Orquesta Sinfónica de Sevilla?, ¿anunciaba Ronaldo su fichaje por el Real Betis Balompié?, ¿o se hacía pública la contratación de Luciano Pavarotti como asesor lírico del sevillano Teatro de la Maestranza? No. Ni mucho menos. Era algo mucho más sencillo y aparentemente normal. Acababa de dictar una conferencia Sir John H. Elliott sobre la conquista de México, clausurando así un

1. *John Elliott, El oficio de historiador*; (Roberto Fernández, Antoni Passola y María José Villalta, coordinadores), Lérida, Editorial Milenio, 2001

2. Ob. cit., pp. 107-125.

ciclo organizado por la propia Diputación de Sevilla con motivo los actos conmemorativos del 450º aniversario de la muerte de Hernán Cortés en la sevillana localidad de Castilleja de la Cuesta.³

¿Qué razones hay para explicarnos que un historiador, un gran hispanista, protagonista de una dilatada trayectoria como investigador y como docente, doctor *honoris causa* por las más prestigiosas universidades del mundo, armado Caballero por Su Majestad la Reina Isabel II de Inglaterra, pueda codearse hoy con las más fulgurantes estrellas mundiales del *Star System* en el ámbito de la cultura?. Podemos ofrecer explicaciones simplistas. Pero creo firmemente que ni el mismísimo profesor Elliott podría explicarnos convincentemente las razones de la proyección estelar de su propia trayectoria profesional.

A raíz de la invitación que me formuló la Universidad de Lérida para tratar sobre la figura de Sir John H. Elliott como americanista dentro de las mesas redondas sobre su personalidad científica, programadas con ocasión de su investidura como doctor *honoris causa* por dicha universidad, he reflexionado detenidamente sobre el tema. Y he llegado a la conclusión de que el éxito y la proyección de John Elliot como historiador sólo se explican desde el análisis de su propia obra.

En su condición de americanista, y si se aborda en profundidad el estudio de su obra, hay que afirmar que la realidad histórica americana rara vez está ausente en la producción del homenajeadado investigador británico. Con independencia de la visión integradora que ofreció sobre las relaciones entre España y el Nuevo Mundo en su celebrada *España Imperial*, Elliott ha abordado distintos temas de la realidad histórica del Nuevo Mundo en el ámbito hispano y anglosajón. De entre sus aportaciones americanistas más señaladas

3. El programa oficial del ciclo de conferencias, titulado *Hernán Cortés. Actos conmemorativos en el 450º aniversario de su muerte*, anunciaba oficialmente la participación de los siguientes ponentes: Lunes 1 de diciembre, Dr. Ramón María Serrera, Catedrático de Historia de América de la Universidad de Sevilla: "Hernán Cortés como cronista: la percepción de la realidad urbanística de México-Tenochtitlan"; martes 2 de diciembre, Dr. José Luis Martínez, Director de la Academia Mexicana de la Lengua: "Fortuna e infortunio de Hernán Cortés"; miércoles 3 de diciembre, Dr. Enrique Krauze, Historiador y Director de la Editorial Clio, México: "Hernán Cortés: el mito negro de la historia mexicana"; jueves 4 de diciembre, Sir John Elliott, Regius Profesor de la Universidad de Oxford: "El encuentro entre dos mundos". Los textos de las conferencias fueron publicados en la obra *Hernán Cortés y México*, Sevilla, Excma. Diputación Provincial de Sevilla, 2000.

podemos seleccionar *The Mental World of Hernán Cortés* (1967)⁴, *The Old World and the New* (1970)⁵, *América y el problema de la decadencia española* (1972)⁶, *Illusion and Disillusionment: Spain and the Indies* (1991)⁷, *Britain and Spain in America: Colonist and Colonized*⁸, *Empire and State in British America* (1996)⁹, o la bilingüe edición de *Do the Americas Have a Common History* (1998)¹⁰. Y en los últimos años ha publicado dos obras capitales en la historiografía americanista: *Imperios del Mundo Atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*¹¹ y *España, Europa y el Mundo de Ultramar: (1500-1800)*¹². En las páginas que siguen me centraré preferentemente en los primeros trabajos relacionados, ya que las dos últimas monografías requerirían una mucho más amplia extensión.

En mi intervención oral en la mesa redonda del martes 14 de diciembre de 1999 en el Salón “Victor Siurana” del edificio rectoral de la Universidad de Lérida, en la que traté de la personalidad de John H. Elliott como americanista, no quise dirigirme al homenajeado, ni a los miembros que componían la mesa (doctores Mola i Ribalta, García Cárcel y Checa), ni siquiera a los profesores de la Unidad Departamental de Historia Social de la Facultad de Letras

4. J. H. ELLIOTT, “The Mental World of Hernán Cortés”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª serie, 17, 1967.

5. J. H. ELLIOTT, *The Old World and the New, 1492-1650*, Cambridge, 1970; traducido al español por Rafael Sánchez Mantero con el título de *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Madrid, 1972.

6. J. H. ELLIOTT, “América y el problema de la decadencia española”, *Anuario de Estudios Americanos*, XXVIII, Sevilla, 1972.

7. J. H. ELLIOTT, *Illusion and Disillusionment: Spain and the Indies*, The Creighton Lecture, 4 November 1991, University of London, London 1992.

8. J. H. ELLIOTT, *Britain and Spain in America: Colonists and Colonized*, The Stenton Lecture 1994, The University of Reading, 1994.

9. J. H. ELLIOTT, “Empire and State in British America”, *Le Nouveau Monde-Mondes Nouveaux. L'expérience américaine*, Serge Cruzinski y Nathan Wachtel edit., Edition de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 1996.

10. J. H. ELLIOTT, *Do the Americas Have a Common History?*, conferencia pronunciada con ocasión de la celebración del 150º aniversario de la fundación de la John Carter Brown Library el 13 de noviembre de 1996. El mismo volumen incorpora (en apertura inversa del libro) la traducción del texto al español por Antonio Feros con el título de *¿Tienen las Américas una Historia Común?*, Providence, Rhode Island, 1998.

11. J. H. ELLIOTT, *Imperios del Mundo Atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, Madrid, Taurus, 2006.

12. J. H. ELLIOTT, *España, Europa y el Mundo de Ultramar (1500-1800)*, Madrid, Taurus, 2010.

presentes en el acto. Pretendí conscientemente dirigir mi modesto mensaje a los alumnos, a los estudiantes de la Universidad de Lérida que orientaron su vocación por la hermosa aventura de desenrañar las claves del pasado. Porque para ellos, como para los de mi generación, el profesor Elliott es un punto de referencia obligado.

La clave principal del éxito de John H. Elliot estriba en que como investigador, como escritor y como docente, nuestro admirado historiador es un comunicador nato. Y esa capacidad, fundamental para los que nos dedicamos a la docencia, no todos la tienen. Como en el mundo de la interpretación musical, no todo es técnica, virtuosismo y adiestramiento a la hora de comunicarse y entrar en contacto con el público. Es un don natural que se tiene o no se tiene, aunque puede cultivarse. Y Elliott lo tiene en grado sumo. Es una capacidad y un arte especial de contactar, de llegar tanto al especialista como al estudiante o al público en general, de transmitir un mensaje comprensible y claro. Es un problema de *lenguaje* histórico. Ahora que tanto hablamos de la ciencia de la comunicación y de las técnicas puestas a su servicio, resulta que un profesor británico, sobrio de ademanes, elegante pero austero en usos indumentarios, con figura enjuta y semblante de hidalgo español del siglo XVII, poco amigo de la retórica y del gesto para la galería, con marcado acento extranjero a pesar de su dominio del idioma castellano, es ante todo y sobre todo un maestro en el arte de la comunicación a la hora de hacer uso de un lenguaje que llega a todos y que hace comprensible su discurso.

Y lo curioso es que tal capacidad no se cimenta en un estilo oratorio o literario grandilocuente o de gran brillo formal. Por el contrario, el estilo de Elliott como escritor y orador es, como lo fuera también en su día el de Vicens Vives y el del unánimemente admirado don Antonio Domínguez Ortiz, comprimido, ordenado, sobrio como su propia personalidad, de contundente precisión terminológica, de elegante concisión, exento de vana retórica formal. Es más; como conferenciante, formado en la más pura tradición de las universidades británicas, habitualmente lee el texto de sus lecciones y conferencias. Algunas de sus más valiosas aportaciones como americanista recogen precisamente el texto de *lectures* impartidas en prestigiosas universidades británicas o norteamericanas. En ellas Elliot expresa lo que tiene que expresar y punto. Es aquel viejo principio que se le atribuye a Ortega y Gasset de que para dar una con-

ferencia sólo había que cumplir tres requisitos: tener algo que decir, saber decirlo y decirlo. Creo que no es poco: nada menos que la clave para comprender la aparente simplicidad de la obra bien hecha.

Pero no todo lo explica, naturalmente, el estilo. Porque John Elliott es, en la más gloriosa acepción del término, un gran erudito, una gran sabio con miles y miles de horas de su vida transcurridas en archivos y bibliotecas. La erudición es hoy más que nunca un valor en alza. Cuando no es una indigesta acumulación de datos y referencias bibliográficas y documentales (el clásico cólico documental que padecen algunos de nuestros estudiantes en los archivos), proporciona los sillares sobre los ha de levantarse el edificio del conocimiento histórico. John Elliott maneja en sus obras con sabiduría y equilibrio las referencias de archivos y de bibliotecas, el testimonio artístico y la fuente literaria, las fuentes primarias y secundarias, con predominio de estas últimas en el caso de grandes visiones o interpretaciones de una problemática o periodo histórico, como es el caso de *El Viejo Mundo y el Nuevo*, en el que se combina la crónica con la edición coetánea, la bibliografía más actual con los grandes clásicos de la historiografía americanista de los siglos XIX y XX. Y todo ello, tamizado por el filtro de muchas horas de serena reflexión sobre las fuentes.

En la mesa redonda de Lérida recordé la experiencia vivida por un prestigioso geógrafo germano que visitó durante una semana un departamento de una gran universidad española. En su apretado calendario de trabajo hubo de todo: dictó un curso, impartió tres conferencias, formó parte de un tribunal de tesis doctoral, asistió al desarrollo de unas sonadas oposiciones a cátedra, se reunió con los alumnos, cenó con los miembros del departamento anfitrión, etc. Cuando su director le acompañó al aeropuerto para tomar el vuelo de regreso a su ciudad de origen preguntó al ilustre invitado: “Profesor, ¿que le ha parecido el departamento?”. Y el sabio geógrafo alemán respondió, perplejo, con otro clarificador interrogante: “Todo me ha parecido muy bien. Vuestra actividad es agotadora. Pero me quedo con una duda sin resolver: ustedes, aquí, ¿cuándo piensan?”. Esa es la pregunta clave para desentrañar la obra de Elliott. Porque detrás de cada obra, de cada conferencia, de cada artículo, hay muchas horas de reflexión, de valoración, de ponderación, de confrontación y de asimilación de las fuentes. Es el arte

de saber digerir intelectivamente los testimonios históricos de épocas pretéritas. Y en esta tarea nuestro homenajeado es un maestro.

Lo dicho explica la asombrosa capacidad que manifiesta John Elliott en su obra americanista para plantear debates y cuestiones desde la amplia perspectiva que brinda la historia comparada. Elliott navega con la misma seguridad cuando se sumerge en las aguas de las distintas historias nacionales; lo que le permite moverse con solvencia en el estudio de las relaciones entre España y Francia o entre Inglaterra y sus posesiones en el Nuevo Mundo, o cuando intenta desentrañar las claves para conocer las semejanzas y diferencias entre el curso histórico de las Trece Colonias y las Indias Españolas. Y no me refiero exclusivamente al viejo postulado de “conocer es comparar”, sino de analizar cuestiones y problemáticas complejas mediante la confrontación de aspectos aparentemente disímiles. Esta posibilidad de relacionar y comparar problemas y procesos deriva de la amplitud de miras del análisis de Elliott en su triple vertiente temática, cronológica y territorial y en la asombrosa diversidad de la naturaleza y procedencia de las fuentes manejadas.

Siempre he considerado que sumergirse en la lectura de *El Viejo Mundo y el Nuevo* puede convertirse, de hecho, en una aventura apasionante. No pretendo en estas páginas resumir su contenido, entre otras razones porque es imposible sintetizar lo que ya de por sí es una espléndida síntesis.¹³ La primitiva versión en lengua inglesa de *The Old World and the New, 1492-1650* reúne los textos de las cuatro conferencias impartidas por el autor en The Queen'University de la ciudad de Belfast. El libro fue publicado originalmente por la Cambridge University Press en 1970 y editado dos años más tarde en versión española por Alianza Editorial con el título de *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650* en ajustada y elegante traducción de Rafael Sánchez Mantero, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla.

Sorprende la originalidad de planteamientos y la riqueza de contenido de esta pequeña gran obra, en la que se demuestra que no siempre la profundidad y calidad de un trabajo está en corres-

13. Hay un interesante resumen meramente formal de la obra en D. FERNÁNDEZ PARRA, “Aproximación a la historiografía contemporánea. El viejo mundo y el nuevo, 1492-1650 de J. H. Elliott”, en *Hernán Cortés y su tiempo. Actas del Congreso Hernán Cortés y su tiempo, V Centenario (1485-1985)*, Valencia 1987.

pondencia directa con su extensión. Para Elliott, contemplar el proceso mediante el cual el siglo XVI europeo llegó a captar las realidades de América es comprender algo de la misma civilización europea del siglo XVI, tanto en sus puntos fuertes como en sus puntos débiles.¹⁴ El lector en ocasiones se sorprende con las más inesperadas referencias, como cuando confronta el tráfico de Sevilla con el comercio báltico. O cuando compara la actitud de la Europa del XVI con respecto al Nuevo Mundo con la de la China de la dinastía Tang con respecto a las tierras tropicales conquistadas en el sur del Nam-Viet. Y lo hace, naturalmente, porque sus lecturas no se centran únicamente en el ámbito europeo y americano. Y porque conoce y ha estudiado una obra tan aparentemente alejada de sus intereses temáticos, geográficos y cronológicos como el estudio *The Vermilion Bird* del profesor Edward Schafer, publicada en Berkeley en 1967. Por ello, al abordar el estudio del proceso de asimilación de la nueva realidad americana por parte de los europeos, puede plantear que “sus investigaciones sugieren que las dificultades de los funcionarios chinos del siglo XVII y la de los españoles del XVI al valorar y describir un territorio extraño no eran del todo desiguales, y que la naturaleza de la actitud era muy parecida. Los chinos, como los españoles, observaban y escribían asiduamente sus observaciones, pero eran, en palabras del profesor Schafer, prisioneros de su léxico ecológico. Sus mentes y su imaginación estaban condicionadas de antemano, de tal manera que veían lo que esperaban ver e ignoraban o rechazaban aquellos aspectos de la vida de los territorios del sur para los que no estaban preparados. Encontraron bárbaros y primitivos, porque esperaban encontrarlos, a sus habitantes. Sin duda la tendencia a pensar en clichés es el eterno marchamo de la mente oficial; no obstante, aunque lentamente, aquel medio desconocido estimuló la capacidad de percepción de algunos chinos en las tierras del sur y enriqueció su literatura y su pensamiento”.¹⁵ Y, como consecuencia de la anterior idea, plantea Elliott una nueva y original referencia comparativa al sugerir que la Europa del Quinientos se mostró más rápida en responder a la experiencia de América que

14. J. H. ELLIOTT, *El Viejo Mundo...*, p. 43.

15. J. H. ELLIOTT, *El Viejo Mundo...*, pp. 29 y 30.

la Europa medieval a la experiencia del mundo islámico. Y ello, a pesar de que la realidad de la existencia del Nuevo Mundo y su lenta y gradual aparición como una realidad propia y diferenciada constituyó, a su juicio, “un desafío a todos un conjunto de tradicionales prejuicios, creencias y actitudes”.¹⁶ Pero también se considera obligado Elliott a puntualizar esta afirmación con interesantísimas matizaciones que aparentemente la contradicen. Tal es el caso de su referencia al conocido estudio de Atkinson sobre la edición de obras y tratados geográficos publicados en Francia en el siglo XVI, en el que se demuestra que entre 1480 y 1609 fueron dedicados a los turcos y a Asia cuatro veces más libros que al recién descubierto Nuevo Mundo, con aumento de la proporción de libros sobre Asia en la década final del periodo estudiado. Y aunque considera peligroso extraer conclusiones cualitativas de información cuantitativa, no por ello deja de apuntar el dato de la existencia de, al menos, sesenta referencias sobre América en treinta y nueve libros y manuscritos polacos de los siglos XVI y XVII. “El número -afirma- no deja de ser sorprendente, pero en un examen más detenido se observa que el Nuevo Mundo aparece sólo en un sentido limitado, bien como un símbolo de lo exótico, o bien como un testimonio de las realizaciones de la iglesia triunfante, y que los polacos del siglo XVI no tenían mucho interés por América”.¹⁷ Lo dicho contribuye a comprender uno de los fenómenos, a su juicio, más sugestivos de la historia intelectual del Quinientos: la aparente lentitud de Europa para hacer el adecuado reajuste mental a fin de encajar y asimilar la nueva realidad americana dentro de su campo de visión y de su propia herencia cultural.

La amplitud geográfica de mira que manifiesta Elliott en su texto resulta, en ocasiones, asombrosa. Porque su visión de la Historia no es sólo europeísta, sino atlántica y universal. Y ello es posible únicamente desde un luminoso y abierto acercamiento pluridisciplinar, más serio y riguroso en sus planteamientos que muchos de los cacareados y rara vez cumplidos postulados de la mal llamada Historia Total, más un objetivo ideal que un marco de aproximación práctica por parte del profesional de la Historia. ¿O

16. J. H. ELLIOTT, *El Viejo Mundo...*, pp. 30 y 21.

17. J. H. ELLIOTT, *El Viejo Mundo...*, p. 26.

es que hay alguna historia que no pretenda ser total? Por ello, Elliott no predica sobre la Historia Total, sino que la practica hasta donde le permiten sus conocimientos, sus fuentes y el alcance material de su investigación. En *El Viejo Mundo y el Nuevo* están presentes la sociedad, la población, la economía, la religión, la filosofía, la geografía, la teología, la crónica, la literatura, las instituciones, la creación plástica, la política internacional, la técnica, el conocimiento geográfico, etc. Es una visión integradora de todas las disciplinas puestas al servicio de un único objetivo: desentrañar cómo se produjo el doble y recíproco proceso de asimilación entre los dos mundos. Elliott, para ello, maneja referencias y fuentes de la más diversa naturaleza y procedencia, desde la crónica al relato de viajero, de la literatura clásica a la filosofía medieval, de tratados coetáneos a textos de arbitristas, de Lutero a Vitoria, de Colón a Cortés, del padre Acosta a Humboldt, de Raynal a Robertson, de Bodin a Smith, de Verrazano a Monardes, de Turner a Webb, de Hamilton a Chaunu. En el fondo, este ambicioso acercamiento multidisciplinar sólo es posible desde una sólida erudición y un amplio horizonte desde el que proyecta su perspectiva de análisis.

Por lo demás, la producción historiográfica de John H. Elliott está marcada por un insobornable sentido de la independencia personal e intelectual. Frente a los trasnochados residuos antihispanos que todavía afloran en las obras de no pocos historiadores anglosajones, Elliott como hispanista y como americanista es respetuoso e independiente cuando aborda las cuestiones más controvertidas de la Historia de España y de sus posesiones ultramarinas. No manifiesta vocación de juez nuestro autor cuando analiza los temas más debatidos de nuestro siglo XVII (la Inquisición, la rivalidad angloespañola por el control del espacio atlántico, la intolerancia religiosa, el valimiento, la corrupción, la crisis hacendística, etc.). Y ello, por varias razones, entre otras porque Elliott, aunque suele ser respetuoso en el desacuerdo con otros autores, es, sin embargo, implacable con el tópico. En diversos pasajes de *El Nuevo Mundo y el Viejo*, manifiesta, por ejemplo, que la explicación de la revolución de los precios del siglo XVI desde el punto de vista de la plata americana “deja evidentemente algunos puntos importantes sin resolver”. Nuestro homenajeado es ferviente admirador de los trabajos de Hamilton y Chaunu, dos estudiosos que revolucionaron la historiografía americanista -y

modernista en general- del siglo XX. Pero no importa. Elliott considera que es lícito mantener ciertas dudas acerca del papel de la plata americana como fuente principal del cambio dinámico de la Europa del siglo XVI. Y reconoce que “hay una elegancia y una simplicidad en esta explicación de las fluctuaciones económicas europeas a través del comercio de Sevilla que hace extraordinariamente atractiva la tesis de Chaunu”.¹⁸ Pero hay que seguir leyendo con mucha atención, porque pocas líneas más abajo -podemos pensar que sin pretenderlo de forma expresa- se va a sincerar con el lector y le va a revelar una intimidad de su pensamiento historiográfico (y creo que hasta de su propia forma de entender la vida) al descubrirle una de las escasas certezas en las que él cree como profesional de la historia. Acerca de la tesis de Chaunu, estima que “un argumento como éste parece absolutamente claro; *pero los argumentos claros deben despertar una natural sospecha por parte del historiador*”¹⁹, cuyas exploraciones del pasado le han hecho consciente de la complejidad de la vida”²⁰. Lo ha dicho casi como deslizando la idea, casi de pasada. Pero lo ha dicho con claridad. Y aquí estriba una de las claves esenciales para comprender la obra de nuestro homenajeadó historiador. Su ocasional o habitual escepticismo (si es que nos puede servir el término) deriva de su honda y vitalista inserción en el mundo que le rodea.

Acerca del controlado vitalismo de Elliott puedo contar una anécdota, de la que fui testigo presencial apenas un mes antes de que tuvieran lugar en Lérida las mesas redondas que dieron lugar al presente libro. Con motivo de la celebración en Sevilla del Simposium Internacional sobre *Velázquez y Sevilla* que tuvo lugar del 8 al 11 de noviembre de 1999 en el monasterio de la Cartuja de Santa María de las Cuevas, centrado en la producción de la etapa sevillana del genial artista, los ponentes fuimos invitados a recorrer a puerta cerrada las salas de la exposición sobre el mismo tema que se presentó entre el 1 de octubre al 12 de diciembre en el propio monasterio cartujo con ocasión del IV centenario del nacimiento del pintor. Tuve la fortuna y el privilegio de contemplar los lien-

18. J. M. ELLIOTT, *El Viejo Mundo...*, pp. 87-89.

19. He destacado en cursiva la frase porque estimo que es sumamente ilustrativa para comprender el método científico y el pensamiento historiográfico de nuestro autor.

20. J. H. ELLIOTT, *El Viejo Mundo...*, p. 89.

zos velazqueños en compañía y con la explicación compartida de autoridades mundiales en la obra del pintor sevillano de la talla de Jonathan Brown, Enriqueta Harris, Carmen Garrido, Rosemary Mulcahy, etc. Naturalmente, entre los que recorriamos las salas estaba el propio Elliott. Y recuerdo cuando, al llegar al final del itinerario museográfico de la exposición, que entreabría ya las puertas del futuro Velázquez pintor de Corte, nos topamos de frente con el retrato de cuerpo entero del descomunal conde duque de Olivares del Museo de Arte de São Paulo con la llave y las espuelas de oro correspondientes a sus cargos de mayordomo y caballero mayor de Felipe IV. El retrato velazqueño impresiona al que lo contempla. La mirada del valido se me antoja risueñamente agresiva. Su imagen resulta imponente, desafiante. En ese justo momento todos estábamos rodeando a Elliott esperando su comentario. Y nuestro admirado colega, siempre comedido y sobrio en expresiones, por un momento pareció perder su británica flema para, en un tono de voz más fuerte de lo que en él es habitual, como si hubiera en ese momento asimilado el volcánico y temperamental carácter del valido andaluz, exclamar: “Ese cuadro es... ¡el Poder!”. ¿Lo sabrá él?

El comentario de su otra obra americanista seleccionada, *Do the Americas Have a Common History?*, nos permite acercarnos a otra de las características más destacadas del quehacer profesional de John H. Elliott: su insaciabilidad en el proceso del conocimiento histórico. El libro recoge el texto original de la conferencia pronunciada por el autor el 13 de noviembre de 1996 con ocasión del 150º aniversario de la fundación de la legendaria Biblioteca John Carter Brown, traducida al español en el mismo volumen (en curiosa apertura cruzada e inversa del libro) por Antonio Feros con el título *¿Tienen las Américas una historia común?*. Este ensayo es una obra maestra. A lo largo de sus apretadas cincuenta páginas llega incluso a crear cierta tensión interior en el lector porque uno se siente instalado en una constante pregunta y en un mantenido interrogante, en el que Elliott nunca o rara vez se manifiesta plenamente conforme con lo que va exponiendo a lo largo de su discurso, incluso con sus propias afirmaciones o sugerencias que acaba de plantear en la página anterior.

Con frecuencia he referido a mis alumnos que adentrarse en la lectura de *¿Tienen las Américas una Historia Común?* puede con-

vertirse para un americanista en una inolvidable experiencia personal e intelectual. En este ensayo, en el que retoma literalmente el título con el que fue originalmente planteada la polémica, actualiza un fecundo debate planteado entre los años cuarenta y sesenta por grandes historiadores estadounidenses e iberoamericanos sobre la unidad o diversidad de procesos históricos en el continente americano, en el que participaron autores de la talla de Griffin, Brooks, Frank, Hanke, Bolton, O’Gorman, Whitaker, Binkley, Zavala, Arciniegas, etc.²¹

John Elliott reconoce que la pregunta “es más difícil de responder de lo que un principio puede parecer”²². Pero para intentarlo se centra en tres temas esenciales que le permitan realizar la confrontación: el régimen de asentamiento, el sistema de gobierno y el proceso emancipador. El mundo colonial hispano, en contraste con el anglosajón, fue esencialmente urbano, con una mayor densidad poblacional indígena y una economía basada en los riquísimos recursos argentíferos de los virreinos de México y Perú. Cada proceso colonizador estuvo marcado por el momento en que se puso en marcha y por la fuerte impronta de los valores culturales de los países de origen. A primera vista, pues, puede afirmarse que eran nulas las semejanzas. Pero Elliott trasciende el mero análisis formal y su razonamiento se adentra en un nuevo plano de acercamiento para vislumbrar afinidades y similitudes por encima de las diferencias más o menos aparentes. “El hecho de cruzar el Atlántico y tener que adaptarse a nuevas situaciones es lo que creó una suerte de lazo común entre todos los europeos que emigraron a América, y lo que permitió el surgimiento de una suerte de rudimentaria historia común”, expresa nuestro investigador, para dar

21. H. E. BOLTON, “The Epic of Greater America”, *The American Historical Review*, v. XXXVIII, 1933; CH. C. GRIFFIN, “Unidad y variedad en la Historia de Americana”, en *Ensayos sobre la Historia del Nuevo Mundo*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México 1951; CH. C. GRIFFIN y PH. C. BROOKS, *Do the Americas share a Common History?*, “Revista de Historia de América”, n° 33, México, 1952; A. WHITAKER, *The Western Hemisphere Idea: its Rise and Decline*, Ithaca 1954; W. FRANK, *Ustedes y nosotros. Nuevo mensaje a Iberoamérica*, Buenos Aires, 1942; L. HANKE ed., *Do the Americas have a Common History?. A Critique of the Bolton Thesis*, New York 1964, traducida como *¿Tienen las Américas una historia común?*, México 1966; E. O’GORMAN, “Tienen las Américas una historia común?”, *Filosofía y Letras*, n°6, UNAM, México 1942; vv.aa., “Have the Americas a common History?”, *The Canadian Historical Review*, XXIII, 1952.

22. J. H. ELLIOTT, *¿Tienen las Américas...*, p. 26.

un paso más a la hora de comprender el común enfrentamiento del europeo con “lo nuevo”, si bien marcado por las diferencias geográficas, climáticas y económicas, y de la existencia o inexistencia de complejas formaciones culturales indígenas en el norte y en el sur. Hay más afinidades que diferencias entre el comportamiento señorial de los caballeros dueños de las plantaciones de tabaco de Virginia y el de los conquistadores españoles, los miembros de la aristocracia cacaotera caraqueña o los propietarios de los ingenios azucareros cubanos o brasileños. Son modelos económicos y sociales basados en similares esquemas productivos: explotación de cultivos tropicales, régimen de plantación, uso de mano de obra esclava de origen africano y exportación orientada preferentemente a satisfacer la demanda de los mercados europeos. Ello le lleva a afirmar que en la colonización de la tierra las características nacionales de origen llegaron a ser menos importantes que la naturaleza de las condiciones ambientales sobre las que se produjo el asentamiento en el Nuevo Mundo. “En algunos aspectos -razona Elliott- las colonias del Chesapeake tenían más en común con el Brasil portugués o con las islas del Caribe, ya fuesen españolas, británicas o francesas, que con las colonias británica del norte.”²³ Porque dentro de las mismas Trece Colonias, ¿qué hubiera sucedido si las tierras de la Nueva Inglaterra ocupadas por los colonos británicos hubieran estado densamente pobladas por indígenas o se hubieran descubierto ricos yacimientos de plata como los de Zacatecas o Potosí? Por ello llega a sugerir la posibilidad de hablar de “diferentes Américas con diferentes historias comunes”.

Por lo demás, la América hispana, frente a la anglosajona, se caracterizó por la ausencia de asambleas representativas, por la estrecha alianza entre la iglesia y el estado con la consiguiente ausencia de diversidad de credos religiosos, y por la existencia de una estructura burocrática fuertemente centralizada que hizo posible que el estado imperial mantuviera una presencia real en las Indias Españolas en un grado nunca alcanzado en la América británica. Teniendo en cuenta las diferencias existentes entre estas diversas Américas, Elliot de nuevo insiste incansablemente en la pregunta que da título a su trabajo. A tenor de lo dicho -plantea otra vez- “¿podemos

23. J. H. ELLIOTT, *¿Tienen las Américas...*, pp. 33 y 34.

presentar la más mínima pretensión de que estas diversas sociedades hubiesen tenido una historia común? Al menos *superficialmente*²⁴ las disparidades parecen haber sido demasiado grandes para que la respuesta pueda ser afirmativa”. Y es ahora cuando introduce una nueva variable o punto de referencia, algo muy habitual en el discurso de su razonamiento: “Pero quizás debemos analizar la historia de los logros de la independencia para determinar el balance relativo de similitudes y divergencias en sus trayectorias históricas”.²⁵

En el siglo XVIII Elliott aprecia la existencia de procesos semejantes en las dos Américas a pesar de las diferencias que ofrecía el sistema representativo de las colonias británicas y la fuerte centralización en los reinos indios españoles. Como siempre, advierte, “las apariencias suelen ser engañosas”. De hecho, ya desde el siglo XVII el relajamiento de los vínculos entre España y sus reinos ultramarinos y el debilitamiento del control real sobre sus colonias permitió que las poderosas élites criollas indianas lograran un elevado grado de autogobierno. La mayor autarquía económica tuvo un trasunto político, con el afianzamiento de una conciencia de identidad cultural propia, ya específicamente *americana*, con repercusiones en el ámbito político y administrativo. La venta de cargos públicos por parte de la Corona no hizo más que favorecer el control del poder local por parte de estas oligarquías criollas.²⁶ Al igual que las colonias británicas en América -concluye Elliott- “los

24. He querido expresamente destacar en cursiva esta palabra porque refleja muy gráficamente los progresivos niveles de profundización en el tema que plantea Elliott en el texto que estudiamos.

25. J. H. ELLIOTT, *¿Tienen las Américas...?*, p. 39.

26. He abordado también este tema en diversas ocasiones. Véase R. M. SERRERA, “Geografía y poder en el siglo XVII indiano: el factor distancia en el incumplimiento de la norma”, *Libro homenaje “in memoriam” Carlos Díaz Rementería*, Huelva, 1998, pp. 691-699; “Hacia una Cultura Criolla en Indias”, Catálogo de la Exposición *El esplendor de España, 1598-1648: De Cervantes a Velázquez*, Amsterdam, 1998, pp.261-269; “Hacia una cultura criolla en Indias (1598-1665)”, Catálogo de la Exposición *Arte y Saber: La cultura en tiempos de Felipe III y Felipe IV*, Madrid, 1999, pp. 355-363; y “Las Indias Españolas en el siglo XVII”, *Descubrimiento, Colonización y Emancipación de América*, vol. VIII de la *Historia de España* dirigida por Antonio Domínguez Ortiz, Barcelona, 1990, capítulo dedicado a “Las fuerzas disgregadoras del Estado en Indias”, pp. 414-427. Y, más recientemente, en las dos versiones de mi obra *La América de los Habsburgo (1517-1700)*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla-Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Sevilla, 2011, 467 pp. y en la versión en rústica sin ilustraciones del mismo título publicada por el propio Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 2011, 398 pp.

virreinos españoles se estaban convirtiendo en estados criollos. El *saludable abandono* que había caracterizado a la relación entre Londres y sus colonias durante importantes periodos en la primera mitad del siglo XVIII no era exclusivo de la América británica”.²⁷ A este proceso vendrían a sumarse los intentos de introducir reformas administrativas y fiscales en ambas Américas, que terminarían desencadenando las confrontaciones entre los dos metrópolis y las cada vez más poderosas élites locales hasta el logro de la plena emancipación. Elliott llega a la conclusión de que la historia común de las dos Américas fue, al menos durante tres siglos, la historia común de las sociedades atlánticas, cuyas diferencias de estructura y trayectoria no pueden evidentemente ocultarse, pero en la que existieron procesos afines que implicaban hacer frente a nuevos territorios y nuevas poblaciones. Era “el reto de establecer nuevas sociedades que, aun siguiendo los modelos europeos, no fueron réplicas exactas de las sociedades que las originaron; el reto de establecer un preciso sentido de identidad y de romper los lazos que los habían ligado a sus respectivas metrópolis. Inevitablemente, debido a los diferentes periodos y lugares de origen y a las distintas herencias culturales, estas nuevas sociedades respondieron a estos retos en una multitud variada de formas”. Pero, como concluye nuestro autor, “existía suficiente similitud entre estas respuestas para indicar la existencia de una historia común”.²⁸

Pero, tras el doble proceso emancipador, para Elliott el siglo XIX supone una nueva y quizás más radical divergencia. Los síntomas que presentaba el bloque de las nuevas repúblicas iberoamericanas, como la fragmentación política, la proliferación de conflictos internos, la existencia de gobiernos corruptos y profundas tensiones sociales y diferencias étnicas terminaron dejando a los nacientes estados incapaces para imitar o seguir el modelo de unificación nacional, crecimiento económico y expansión territorial y poblacional que se habría de producir en los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX. Según sus propias palabras, “si algo sucedió durante el siglo XIX es precisamente la aceleración de estas diferencias”. El proceso se fue acentuando progresivamente, hasta

27. J. H. ELLIOTT, *¿Tienen las Américas...*, p. 41.

28. J. H. ELLIOTT, *¿Tienen las Américas...*, p. 45.

el punto de que “a mediados del siglo XX, las dos Américas, cuyas historias parecían haber convergido en 1800, aparecían como hemisferios completamente separados”.²⁹

Sin embargo, como historiador firmemente instalado en el presente, en los umbrales del nuevo siglo y en las puertas del nuevo milenio, John Elliott es moderada y razonablemente optimista. Con su profundo conocimiento del pasado y su capacidad para escrutar la realidad americana actual, Elliott reconoce que “la historia no ha acabado todavía y en estos momentos somos testigos de nuevos cambios”. Las fronteras entre las dos Américas, que en algún momento fueron vistas como definitivas, “aparecen ahora como permeables y móviles como resultado de la gran escala alcanzada por la emigración”. Para nuestro autor, hoy se vislumbran “claras indicaciones de una nueva confianza política y cultural en el mundo iberoamericano, un proceso que sin duda ofrece enormes esperanzas para el futuro”. Porque mientras las viejas certidumbres deben enfrentarse hoy a las nuevas ambigüedades, el carácter excepcionalista de los Estados Unidos se hace cada vez más difícil de sostener. Por ello, aceptando esta visión de la historia de los Estados Unidos como parte de la historia común de las dos Américas, Elliott no duda en concluir con esta clarificadora síntesis que es al mismo tiempo una afirmación de la existencia de una historia común en el continente americano, respondiendo así finalmente al interrogante formulado en la pregunta que da título a su antológico texto. A su juicio, “los últimos quinientos años de la historia de las Américas han conformado una historia única del encuentro y de la coexistencia de tres continentes: América, con sus poblaciones indígenas; Europa, la cual se propuso convertir América en una extensión de sí misma; y África, cuyos recursos humanos fueron movilizados forzosamente por los europeos para llevar a cabo su tarea. Los pueblos de estos tres continentes tuvieron que readaptar sus vidas a las realidades del continente americano, con su extraordinaria diversidad geográfica y su enorme territorio. Para responder a estas nuevas realidades, ellos recurrieron a sus propias tradicionales culturales -locales, regionales y nacionales- y a cambio recibieron una gran diversidad de respuestas. Simultá-

29. J. H. ELLIOTT, *¿Tienen las Américas...?*, pp. 47-49.

neamente se vieron envueltos, tanto si lo sabían como si no, en la empresa todavía más vasta de crear una sociedad común, la cual -aunque reflejando algo de la herencia de los tres continentes- era algo más que la simple suma de las partes. Es por ello que América es todavía una empresa inacabada, en cierto modo el todavía incierto resultado de un pasado común”.³⁰ Así concluye este pequeño gran libro de Elliott que es *¿Tienen las Américas una historia común?*, una de las reflexiones más profundas y clarividentes de la historiografía americanista de esta década epigonal del siglo XX. Todo el texto es una continua pregunta. El discurso está salpicado de interrogantes, a los que intenta dar respuesta. Pero cuando, en el desarrollo de una reflexión o hipótesis, parece que ya por fin está conforme con una idea o conclusión, nos sorprende con la introducción de una nueva variable en el análisis y de nuevo pone en duda, aunque no implique necesariamente rechazo o desacuerdo, su anterior afirmación o planteamiento. Esto es importante, porque Elliott con mucha frecuencia, sobre todo en obras de interpretación o de análisis como las comentadas, apoya y refuerza el argumento con la misma duda. Es más; yo diría que la duda forma sustantiva de su propio proceso cognoscitivo en el terreno de la investigación histórica, algo que, por otra parte, forma parte de la naturaleza misma del conocimiento científico.

Hay páginas también en *El Viejo Mundo y el Nuevo* en las que el discurso es un puro interrogante. Cuando trata de las sorprendentes lagunas y absolutos silencios sobre América en las múltiples ciudades europeas del siglo XVI en las que podían esperarse lógicamente referencias expresas sobre el continente recién descubierto, Elliott lanza su batería de preguntas, cada una de las cuales podría ser perfectamente objeto de un estudio monográfico: “¿Cómo buscar explicación -se plantea- a la total falta de alusión al Nuevo Mundo en tantas memorias y crónicas, incluso en las mismas memorias de Carlos V? ¿Cómo explicarse el permanente propósito de describir el mundo hasta las dos últimas décadas del siglo XVI como si se tratase todavía del mundo conocido por Estrabón, Ptolomeo y Pomponio Mela? ¿Cómo explicarse la repetida publicación por parte de los editores, y la persistente utilización

30. J. H. ELLIOTT, *¿Tienen las Américas...*, pp. 49-51.

por parte de las escuelas, de las cosmografías que, como ya se sabía, habían quedado anticuadas con los descubrimientos? ¿Cómo explicar que un hombre tan culto y tan curioso como Bodin haya hecho tan poco uso de la enorme información que estaba al alcance de su mano sobre los habitantes del Nuevo Mundo en sus escritos sobre filosofía política y social?”³¹

El tema resulta ya viejo: mientras más se sabe más se es consciente de lo que queda por conocer. En la duda, en la curiosidad y en el reconocimiento de la propia ignorancia está la clave de la sabiduría. Y los profesionales de la historia deberíamos recordar con insistencia esta idea a nuestros estudiantes y también -¿por qué no?- a algunos sabios oficiales de “piñón fijo”, practicantes habituales del dogmatismo, que nos quieren vender como oro fino sus verdades oficiales.

De acuerdo con lo dicho anteriormente poco o nada debe extrañar otro rasgo de la personalidad científica del multilaureado Sir John H. Elliott: en sus escritos nunca pontifica, jamás dogmatiza, rara vez sentencia. Nuestro historiador lanza ideas, sugiere hipótesis, las razona, las confronta con las fuentes y con otros autores, las debate consigo mismo, y al final extrae sus propias conclusiones. Pero nunca deja el tema cerrado. Siempre hay posibilidad de replantear el tema, de reformular lo dicho en posteriores escritos y, a veces, en el mismo texto, manteniendo con ello un *climax* continuo de reflexión y de incertidumbre. Esa es la razón justamente por la que la obra de Elliott sigue teniendo una extraordinaria vigencia, porque sigue abierta al debate y a la controversia en nuestros días. Y ello, en una época marcada por la fascinación que despierta la ambigüedad (la inseguridad de la duda) y el rechazo que provocan las verdades dogmáticas, sigue marcando la obra de Elliott con un carácter de rabiosa modernidad.

La mayor parte de los historiadores españoles que nacimos entre los años 1945 y 1955 estamos directa o indirectamente marcados, con mayor o menor intensidad, por la obra de John Elliott. Nos movíamos entre la influencia de esa generación de maestros que ocuparon las cátedras universitarias españolas en las décadas que siguieron a la Guerra Civil, muchos de ellos de calidad cientí-

31. J. H. ELLIOTT, *El Viejo Mundo...*, p. 27.

fica y humana excepcional, pero no poco marcados por el descriptivismo neorrankiano, y los aires de renovación que nos venían de fuera de nuestras fronteras. Era la época en que la llamada “escuela francesa” [sic] despertaba furor en todo el que quisiera preciarse de moderno. Daba lo mismo que fueran churras o merinas, que se tratara de grandísimas figuras galas de la historiografía hispanista o americanista del siglo XX (Braudel, Bataillon, Chevalier, Chaunu, Ricard, Defourneaux, Sarrailh, etc.) o de historiadores de quinto rango místicamente obsesionados en cuantificar hasta los suspiros o las decepciones de toda una generación de historiadores.

Pero lo que resulta interesante constatar es que también hubo muy importantes influencias internas. En institutos de Segunda Enseñanza desplegaba incansablemente su actividad el siempre admirado don Antonio Domínguez Ortiz, cuyas obras eran de lectura obligada entre los estudiantes de Historia. De Barcelona llegaban el manual de *Historia General Moderna*, la *Historia Económica de España* o los desiguales cinco volúmenes de la *Historia de España y América* de Jaume Vicens Vives, tres obras que marcan un antes y un después en la manualística universitaria de nuestro país. Y no es una causalidad que fueran precisamente los dos historiadores españoles mencionados los que ejercieran más influencia dentro de nuestras fronteras en la obra de John Elliott, que nunca ha dejado de expresar su admiración por ambos. Pues bien, en mi caso particular, aparte de Vicens, Domínguez Ortiz y Elliott, debo mencionar también la influencia directa de don Silvio Zavala en México y François Chevalier en París, y la indirecta de ese gran coloso de la Historia del Arte Español e Hispanoamericano que fue don Diego Angulo Iñiguez, cuya influencia me llegó a través de un alumno del propio don Diego, mi maestro José Antonio Calderón Quijano, catedrático de Historia de América de la Universidad de Sevilla, un gran universitario que nunca engañó a nadie a la hora de defender sus particulares criterios historiográficos, pero que facilitó a sus discípulos los medios para que entraran en contacto con las más avanzadas tendencias metodológicas en el ámbito de la producción americanista. Menos a Vicens, a todos conocí. Angulo, Domínguez Ortiz y Calderón Quijano ya no están entre nosotros. Y con respecto a Zavala, Chevalier y Elliott, a todos profesé una respetuosa amistad, que creo correspondida. Al-

gún día podré presumir ante mis alumnos de haber conocido a figuras tan señeras de la historiografía española e hispanoamericana del siglo XX. En gran medida, Elliott nos convenció a los americanistas españoles para que tomáramos conciencia de nuestra misión como modernistas. Y a los modernistas les abrió las puertas del americanismo. Es el mayor elogio que le puede brindar al gran investigador británico un profesional de la Historia de América.

En la Universidad de Lérida terminé mi intervención en la mesa redonda dirigiéndome de nuevo a los alumnos y procurando resumir la personalidad científica de John H. Elliott con este simplificado retrato-robot: un gran talento natural, mucho sentido común y miles de horas de trabajo, de estudio y de reflexión. Porque el genio (en expresión literaria, musical, plástica, etc.) no nace, se hace. El trabajo es la clave. Cuando yo estudiaba, allá por los años sesenta, en la Universidad de Sevilla, recuerdo con emoción que asistí a una conferencia del gran compositor saguntino, desgraciadamente desaparecido, el maestro Joaquín Rodrigo. El acto tuvo lugar en la Academia de Bellas Artes “Santa Isabel de Hungría”, con sede por entonces en el edificio del actual Museo de Bellas Artes de Sevilla. Al concluir su disertación sobre el oficio de componer y su propia obra, expuesta con su característica y cadenciosa voz, se permitió a los presentes entablar coloquio con el maestro. No me pude resistir. Le pregunté: “Maestro, ¿cuándo y cómo le vino la inspiración para componer el adagio de su *Concierto de Aranjuez*?”. Tardó varios segundos en contestar. Y, como si me observara a través de su luminosa y comunicadora ceguera, me preguntó él a su vez: “Por el timbre y tono de su voz adivino que es usted joven, ¿verdad?”. Le respondí afirmativamente. Y entonces me contestó con estas palabras. “Mire, con mucha frecuencia he dicho que yo no sé ni cuándo ni en dónde vendrá la Señora Inspiración a visitarme. Pero de una cosa sí que estoy seguro. Cuando venga siempre me encontrará trabajando. Eso fue lo que ocurrió en París en 1939 y así fue como nació el adagio del *Concierto de Aranjuez*, una obra que, desde que la estrenó Regino Sainz de la Maza, ya no me pertenece”. Esa es la clave para comprender también la producción de John H. Elliot, un clásico, como también lo fuera el maestro Rodrigo en la creación musical, de la Historiografía del siglo XX. Ese es el único secreto. No le demos más vueltas al asunto.